

sus pliegues á todos los combatientes, descendió del mástil para no izarse más. La idea de un orgullo abatido, de un ánimo esforzado que sucumbe ante fuerzas superiores no puede encontrar imagen más perfecta para representarse á los ojos humanos que la de aquel oriflama que se abate y desaparece como un sol que se pone. El de aquella tarde tristísima, tocando al término de su carrera en el momento de nuestra rendición iluminó nuestra bandera con su último rayo.

El fuego cesó y los ingleses penetraron en el barco vencido.

XII.

Quando el espíritu reposando de la agitación del combate, tuvo tiempo de dar paso á la compasión, al frío terror producido por la vista de tan grande estrago, se presentó á los ojos de cuantos quedamos vivos la escena del navío en toda su horrenda majestad. Hasta entonces los ánimos no se habían ocupado más que de la defensa; mas cuando el fuego cesó se pudo advertir el gran destrozo del casco, que dando entrada al agua por sus mil averías, se hundía, amenazando sepultarnos á todos, vivos y muertos, en el fondo del mar. Apenas entraron en él los ingleses, un grito resonó unánime, proferido por nuestros marinos:—¡A las bombas!

Todos los que podíamos acudirnos á ellos y trabajamos con ardor; pero aquellas máquinas imperfectas desalojaban una cantidad de agua bastante menor que la que entraba. De repente un grito, aún más terrible que el anterior, nos llenó de espanto. Ya dije que los heridos se habían transportado al último sollado, lugar que por hallarse bajo la línea de flotación, está libre de la acción de las balas. El agua invadía rápidamente aquel recinto, y algunos marinos asomaron por la escotilla gritando:

—¡Que se ahogan los heridos!

La mayor parte de la tripulación vaciló entre seguir desalojando el agua y acudir en socorro de aquellos desgraciados; y no sé que habría sido de ellos, si la gente de un navío inglés no hubiera acudido en nuestro auxilio. Estos no sólo transportaron los heridos á la tercera y á la segunda batería, sino que también pusieron mano á las bombas, mientras sus carpinteros trataban de reparar algunas de las averías del casco.

Rendido de cansancio, y juzgando que D. Alonso podía necesitar de mí, fui á la cámara. Entonces ví á algunos ingleses ocupados en poner el pabellón británico en la popa del *Santísima Trinidad*. Como cuento con que el lector benévolo me ha de perdonar que apunte aquí mis impresiones, diré que aquello me hizo pensar un poco. Siempre se me habían representado los ingleses como verdaderos piratas ó salteadores de los mares, gentezuela aventurera que no constituía nación y que vivía del merodeo. Cuando ví el orgullo con que enarbolaron su pabellón, saludándole con vivas aclamaciones, cuando advertí el gozo y la satisfacción que les causaba haber apresado el más grande y glorioso barco que hasta entonces había surcado los mares, me pareció que también ellos tendrían su patria querida: que ésta les habría confiado la defensa de su honor; me pareció que en aquella tierra para mí misteriosa, que se llamaba Inglaterra, habían de existir como en España muchas gentes honradas, un rey paternal, y las madres, las hijas, las esposas, las hermanas de tan valientes marinos, los cuales, esperando con ansiedad su vuelta rogarían á Dios que les concediera la victoria.

En la cámara encontré á mi amo más tranquilo. Los oficiales ingleses que habían entrado allí, trataban á los nuestros con demasiada cortesía, y según entendí, querían trasbordar los heridos á algún barco enemigo. Uno de aquellos oficiales se acercó á mi amo, como queriendo reconocerle, y le saludó en español medianamente correcto, recordándole una amistad antigua. Contestó D. Alonso á sus finuras con gravedad, y después quiso enterarse por él de los pormenores del combate.

—¿Pero qué ha sido de la reserva? ¿Qué ha hecho Gravina?—preguntó mi amo.

—Gravina se ha retirado con algunos navíos—contestó el inglés.

De la vanguardia sólo han venido á auxiliarnos el *Rayo* y el *Neptuno*.

—Los cuatro franceses, *Duguay Trouin Mon-Blanc*, *Scipión* y *Formidable* son los únicos que no han entrado en acción.

—Pero Gravina, Gravina, ¿qué es de Gravina?—insistió mi amo.

—Se ha retirado en el *Príncipe de Asturias*; mas como si le ha dado caza, ignore si habrá llegado á Cádiz.

—Y el *San Ildefonso*?

—Ha sido apresado.

—¿Y el *Santa Ana*?

—También ha sido apresado.

—¡Vive Dios!—exclamó mi amo, sin poder disimular su enojo.—Apuesto á que no ha sido apresado el *Nepomuceno*.

—También lo ha sido.

—¡Oh! ¿está usted seguro de ello? ¿Y Churruca?

—Ha muerto—contestó el inglés con tristeza.

—¡Oh! ¿Ha muerto! Ha muerto Churruca—exclamó mi amo, con angustiosa perplejidad,—pero el *Bahama* se habrá salvado, el *Bahama* habrá vuelto ileso á Cádiz.

—También ha sido apresado.

—¿También! ¿Y *Galiano*? *Galiano* es un héroe y un sabio.

—Sí—repuso sombríamente el inglés;—pero ha muerto también.

—¿Y qué es del *Montañés*? ¿Qué ha sido de *Alcedo*?

—*Alcedo* ha muerto también.

Mi amo no pudo reprimir la expresión de su profunda pena, y como la avanzada edad amenguaba en él la presencia de ánimo propia de tan terribles momentos, hubo de pasar por la pequeña mengua de derramar algunas lágrimas, triste obsequio á sus compañeros. No es impropio el llanto en las grandes almas; antes bien indica el consorcio fecundo de la delicadeza de sentimientos con la energía de carácter. Mi amo lloró como hombre, después de haber cumplido con su deber como marino.

más reponiéndose de aquel abatimiento, y buscando alguna razón con que devolver al inglés la peeadumbre que éste le causara, dijo:

—Pero ustedes no habrán sufrido menos que nosotros. Ustedes habrán tenido pérdidas de consideración.

—Una sobre todo irreparable—contestó el inglés, con tanta congoja como la de D. Alenso.—Hemos perdido al primero de nuestros marinos, al valiente entre los valientes, al heroico, al divino, al sublime almirante Nelson.

Y con tan poca entereza como mi amo, el oficial inglés no se cuidó de disimular su inmensa pena: cubriose la cara con las manos y lloró con toda la expresiva franqueza del verdadero dolor al jefe, al protector y al amigo.

Nelson, herido mortalmente en mitad del combate, según después supe, por una bala de fusil que le atravesó el pecho y se fijó en la espina dorsal, dijo al capitán Hardy: "Se acabó; al fin lo han conseguido." Su agonía se prolongó hasta el caer de la tarde; no perdió ninguno de los pormenores del combate, ni se extinguió su genio de militar y de marino sino cuando la última fugitiva palpitación de la vida se disipó en su cuerpo herido. Atormentado por atroces dolores, no dejó de dictar órdenes, enterándose de los movimientos de ambas escuadras, y cuando se le hizo saber el triunfo de la suya, exclamó: "Bendito sea Dios, he cumplido con mi deber."

Un cuarto de hora después expiraba el primer marido de nuestro siglo.

Perdónese me la digresión. El lector extrañará que no conociéramos la suerte de muchos buques de la escuadra combinada. Nada más natural que nuestra ignorancia, atendida la desmesurada longitud de la línea de combate, y además el sistema de luchas parciales adoptado por los ingleses. Sus navíos se habían mezclado con los nuestros, y como la contienda era á tiro de fusil, el buque enemigo que nos batía ocultaba la vista del resto de la escuadra, además de que el humo espesísimo nos impidió ver cuanto no se hallara en paraje cercano.

Al anochecer, y cuando aún el cañoneo no había cesado, distinguíamos algunos navíos que pasaban á un largo como

fantasmas, unos con media arboladura, otros completamente desarbolados. La bruma, el humo, el mismo aturdimiento de nuestras cabezas nos impedía distinguir si eran españoles ó enemigos; y cuando la luz de un fogonazo lejano iluminaba á trechos aquel panorama temeroso, notábamos que aún seguía la lucha con encarnizamiento entre grupos de navíos aislados; que otros corrían sin concierto ni rumbo llevados por el temporal, y que alguno de los nuestros era remolcado por otro inglés en dirección al Sur.

Vino la noche y con ella aumentó la gravedad y el horror de nuestra situación. Parecía que la Naturaleza había de sernos propicia después de tantas desgracias; pero por el contrario, desencadenáronse con furia los elementos, como si el cielo creyera que aún no era bastante grande el número de nuestras desdichas. Desatóse un recio temporal, y viento y agua, hondamente agitados, azotaron el buque que, incapaz de manobra, fluctuaba á merced de las olas. Los vaivenes eran tan fuertes que se hacía difícil el trabajo, lo cual, unido al cansancio de la tripulación, empeoraba nuestro estado de hora en hora. Un navío inglés, que después supe se llamaba *Prince*, trató de remolcar el *Trinidad*; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y tuvo que alejarse por temor á un choque que habría sido funesto para ambos buques.

Entre tanto no era posible tomar alimento alguno, y yo me moría de hambre, porque los demás, indiferentes á todo lo que no fuera el peligro, apenas se cuidaban de cosa tan importante. No me atrevía á pedir un pedazo de pan por temor de parecer importuno, y al mismo tiempo, sin vergüenza lo confieso, dirigía mi escrutadora observación á todos los sitios donde colegía que podían existir provisiones de boca. Apretado por la necesidad, me arriesgué á hacer una visita á los pafios del biscocho, y ¿cuál sería mi asombro cuando ví que Mariscal estaba allí, trasegando á su estómago lo primero que encontró á mano? El anciano estaba herido de poca gravedad, y aunque una bala le había llevado el pie derecho, como éste no era otra cosa que la extremidad de la pierna de palo, el cuerpo de Mariscal sólo estaba con tal percance un poco más coje.

—Toma, Gabrielillo—me dijo, llenándome el seno de galletas;—barco sin lastre no navega.

En seguida empuñó una botella y bebió con delicia.

Salimos del pasil, y ví que no éramos nosotros solos los que visitaban aquel lugar, pues todo indicaba que un desordenado pillaje había ocurrido allí momentos antes.

Reparadas mis fuerzas, pude pensar en servir de algo poniendo mano á las bombas, ó ayudando á los carpinteros. Trabajosamente se enmendaron algunas averías con auxilio de los ingleses, que vigilaban todo, y según después comprendí, no perdían de vista á algunos de nuestros marinos, porque temían que se sublevaran represando el navío, en lo cual los enemigos demostraban más suspicacia que buen sentido, pues menester era haber perdido el juicio para intentar represar un buque en tal estado. Ello es que los *casacones* acudían á todas partes y no perdían movimiento alguno.

Entrada la noche y hallándome transido de frío, abandoné la cubierta, donde apenas podía tenerme y corría además el peligro de ser arrebatado por un golpe de mar, y me retiré á la cámara. Mi primera intención fué dormir un poco, pero ¿quién dormía en aquella noche?

En la cámara todo era confusión, lo mismo que en el combés. Los sanos asistían á los heridos, y éstos, molestados á la vez por sus dolores y por el movimiento del buque, que les impedía todo reposo, ofrecían tan triste aspecto que á su vista era imposible entregarse al descanso. En un lado de la cámara yacían cubiertos con el pabellón nacional los oficiales muertos. Entre tanta desolación, ante el espectáculo de tantos dolores, había en aquellos cadáveres no sé qué de envidiable; ellos solos descansaban á bordo del *Trinidad*, y todo les era ajeno, fatigas y penas, la vergüenza de la derrota y los padecimientos físicos. La bandera que les servía de ilustre mortaja parecía ponerles fuera de aquella esfera de responsabilidad, de mengua y desesperación en que todos nos encontrábamos. Nada les afectaba el peligro que corría el buque, porque éste no era ya más que su ataúd.

Los oficiales muertos eran: D. Juan Cisniega, teniente de

navío, el cual no tenía parentesco con mi amo á pesar de la identidad de apellido; D. Joaquín de Salas y D. Juan Matute, también tenientes de navío; el teniente coronel de ejército, D. José Graullé, el teniente de fragata Urías y el guardia marina D. Antonio de Bobadilla. Los marineros y soldados muertos, cuyos cadáveres yacían sin orden en las baterías y sobre cubierta, ascendían á la terrible suma de cuatrocientos.

No olvidaré jamás el momento en que aquellos cuerpos fueron arrojados al mar por orden del oficial inglés que custodiaba el navío. Verificóse la triste ceremonia al amanecer del día 22, hora en que el temporal parece que arreció exprofeso, para aumentar la pavora de semejante escena. Sacados sobre cubierta los cuerpos de los oficiales, el cura rezó un responso á toda prisa, porque no era ocasión de andarse en dibujos, é inmediatamente se procedió al acto solemne. Envueltos en su bandera y con una bala atada á los piés, fueron arrojados al mar, sin que esto, que ordinariamente hubiera producido en todos trizeza y consternación, conmoviera entonces á los que lo presenciaron. ¡Tan hechos estaban los ánimos á la desgracia, que el espectáculo de la muerte les era poco menos que indiferente! Las exequias del mar son más tristes que las de la tierra. Se da sepultura á un cadáver y allí queda: las personas á quienes interesa saben que hay un rincón de tierra donde existen aquellos restos, y pueden marcarlos con una piedra. Pero en el mar... se arrojan los cuerpos en aquella movable inmensidad y parece que dejan de existir en el momento de caer: la imaginación no puede seguirlos en su viaje al profundo abismo y es imposible suponer que esté en alguna parte estando en el fondo del Oceano. Estas reflexiones hacia yo viendo cómo desaparecían los cuerpos de aquellos ilustres guerreros, un día antes llenos de vida, gloria de su patria y encanto desus familias.

Los marineros muertos eran arrojados con menos ceremonia: la ordenanza manda que se les envuelva en el coi: pero en aquella ocasión no había tiempo para entretenerse en cumplir la ordenanza. A algunos se les amortajó como está mandado, pero la mayor parte fueron echados al ma-

—Toma, Gabrielillo—me dijo, llenándome el seno de galletas;—barco sin lastre no navega.

En seguida empuñó una botella y bebió con delicia.

Salimos del pasil, y ví que no éramos nosotros solos los que visitaban aquel lugar, pues todo indicaba que un desordenado pillaje había ocurrido allí momentos antes.

Reparadas mis fuerzas, pude pensar en servir de algo poniendo mano á las bombas, ó ayudando á los carpinteros. Trabajosamente se enmendaron algunas averías con auxilio de los ingleses, que vigilaban todo, y según después comprendí, no perdían de vista á algunos de nuestros marinos, porque temían que se sublevaran represando el navío, en lo cual los enemigos demostraban más suspicacia que buen sentido, pues menester era haber perdido el juicio para intentar represar un buque en tal estado. Ello es que los *casacones* acudían á todas partes y no perdían movimiento alguno.

Entrada la noche y hallándome transido de frío, abandoné la cubierta, donde apenas podía tenerme y corría además el peligro de ser arrebatado por un golpe de mar, y me retiré á la cámara. Mi primera intención fué dormir un poco, pero ¿quién dormía en aquella noche?

En la cámara todo era confusión, lo mismo que en el combés. Los sanos asistían á los heridos, y éstos, molestados á la vez por sus dolores y por el movimiento del buque, que les impedía todo reposo, ofrecían tan triste aspecto que á su vista era imposible entregarse al descanso. En un lado de la cámara yacían cubiertos con el pabellón nacional los oficiales muertos. Entre tanta desolación, ante el espectáculo de tantos dolores, había en aquellos cadáveres no sé qué de envidiable; ellos solos descansaban á bordo del *Trinidad*, y todo les era ajeno, fatigas y penas, la vergüenza de la derrota y los padecimientos físicos. La bandera que les servía de ilustre mortaja parecía ponerles fuera de aquella esfera de responsabilidad, de mengua y desesperación en que todos nos encontrábamos. Nada les afectaba el peligro que corría el buque, porque éste no era ya más que su ataúd.

Los oficiales muertos eran: D. Juan Cisniega, teniente de

navío, el cual no tenía parentesco con mi amo á pesar de la identidad de apellido; D. Joaquín de Salas y D. Juan Matute, también tenientes de navío; el teniente coronel de ejército, D. José Graullé, el teniente de fragata Urías y el guardia marina D. Antonio de Bobadilla. Los marineros y soldados muertos, cuyos cadáveres yacían sin orden en las baterías y sobre cubierta, ascendían á la terrible suma de cuatrocientos.

No olvidaré jamás el momento en que aquellos cuerpos fueron arrojados al mar por orden del oficial inglés que custodiaba el navío. Verificóse la triste ceremonia al amanecer del día 22, hora en que el temporal parece que arreció exprofeso, para aumentar la pavorosa de semejante escena. Sacados sobre cubierta los cuerpos de los oficiales, el cura rezó un responso á toda prisa, porque no era ocasión de andarse en dibujos, é inmediatamente se procedió al acto solemne. Envueltos en su bandera y con una bala atada á los piés, fueron arrojados al mar, sin que esto, que ordinariamente hubiera producido en todos trizteza y consternación, conmoviera entonces á los que lo presenciaron. ¡Tan hechos estaban los ánimos á la desgracia, que el espectáculo de la muerte les era poco menos que indiferente! Las exequias del mar son más tristes que las de la tierra. Se da sepultura á un cadáver y allí queda: las personas á quienes interesa saben que hay un rincón de tierra donde existen aquellos restos, y pueden marcarlos con una piedra. Pero en el mar... se arrojan los cuerpos en aquella movable inmensidad y parece que dejan de existir en el momento de caer: la imaginación no puede seguirlos en su viaje al profundo abismo y es imposible suponer que estén en alguna parte estando en el fondo del Océano. Estas reflexiones hacía yo viendo cómo desaparecían los cuerpos de aquellos ilustres guerreros, un día antes llenos de vida, gloria de su patria y encanto desus familias.

Los marineros muertos eran arrojados con menos ceremonia: la ordenanza manda que se les envuelva en el coi: pero en aquella ocasión no había tiempo para entretenerse en cumplir la ordenanza. A algunos se les amortajó como está mandado, pero la mayor parte fueron echados al ma-

sin ningún atavío y sin bala á los piés, por la sencilla razón de que no había para todos. Eran cuatrocientos, próximamente, y á fin de terminar pronto la operación de darles sepultura, fué preciso que pusieran mano á la obra todos los hombres útiles que había á bordo para despachar más pronto. Muy á disgusto mío tuve que ofrecer mi cooperación para tan triste servicio, y algunos cuerpos cayeron al mar soldados desde la borda por mi mano, puesta en ayuda de otras más vigorosas.

Entonces ocurrió un hecho, una coincidencia que me causó mucho terror. Un cadáver horriblemente desfigurado fué cogido entre dos marineros, y en el momento de levantarlo en alto, algunos de los circunstantes se permitieron groseras burlas, que en toda ocasión habrían sido importunas y en aquel momento infames. No sé porqué el cuerpo de aquel desgraciado fué el único que les movió á perder con tal descaro el respeto á la muerte, y decían: "Ya les ha pagado todas juntas... no volverá á hacer de las suyas,, y otras groserías del mismo jaez. Aquello me indignó; pero mi indignación se trocó en asombro y en un sentimiento indefinible, mezcla de respeto, de pena y de miedo, cuando observando atentamente las facciones mutiladas de aquel cadáver, reconocí en él á mi tío... Carré los ojos con espanto y no los abrí hasta que el violento salpicar del agua no me indicó que había desaparecido para siempre ante la vista humana.

Aquel hombre había sido muy malo para mí, muy malo para su hermana; pero era mi pariente cercano, era hermano de mi madre; la sangre que corría por mis venas era su sangre, y esa vez interna que nos incita á ser benévolos con las faltas de los nuestros no podía permanecer callada después de la escena que pasó ante mis ojos. Al mismo tiempo yo había podido reconocer en la cara ensangrentada de mi tío algunos rasgos fisiológicos de la cara de mi madre, y esto aumentó mi aflicción. En aquel momento no me acordé de que aquel hombre había sido un criminal, ni menos de las crueldades que usó conmigo durante mi infortunada niñez. Yo les aseguro á ustedes, y no dudo en decir esto, aunque sea en elogio mío, que le perdoné

con toda mi alma, y que elevé el pensamiento á Dios, pidiéndole que le perdonara todas sus culpas.

Después supe que se había portado heroicamente en el combate, sin que por esto alcanzara las simpatías de sus compañeros, quienes, reputándole como el más bellaco de los hombres, no tuvieron para él una palabra de afecto ó conmiseración, ni aun en el momento supremo en que toda falta se perdona, porque se supone al criminal dando cuenta de sus actos ante Dios.

Avanzado el día, intentó de nuevo el navío *Prince* remolcar al *Santisima Trinidad*; pero con tan poca fortuna como en la noche anterior. La situación no empeoraba, á pesar de que seguía el temporal con igual fuerza, pues se habían reparado muchas averías, se creía que, una vez calmado el tiempo, podría salvarse el casco. Los ingleses tenían gran empeño en ello, porque querían llevar por trofeo á Gibraltar, el más grande navío hasta entonces construido. Por esta razón trabajaban con tanto ahínco en las bombas noche y día, permitiéndonos descansar algún rato.

Durante todo el día 22 la mar se revolvía con frenesí, llevando y trayendo el casco del navío cual si fuera endeble lancha de pescadores; y aquella montaña de madera probaba la fuerte trabazón de sus sólidas cuadernas, cuando no se rompía en mil pedazos al recibir el tremendo golpear de las olas. Había momentos en que, aplanándose el mar, parecía que el navío iba á hundirse para siempre; pero inflamándose la ola como al impulso de profundo terbellino, levantaba aquél su orgullosa proa, adornada con el león de Castilla, y entonces respirábamos con la esperanza de salvar la vida.

Por todos lados descubríamos navíos dispersos, la mayor parte ingleses, no sin grandes averías y procurando todos alcanzar la costa para refugiarse. También los vimos españoles y franceses, unos desarbolados, otros remolcados por algún barco enemigo. Marcial reconoció en uno de éstos al *San Idefonso*. También vimos flotando en el agua multitud de restos y despojos, como masteleros, cofas, lanchas rotas, escotillas, trozos de balconaje, portas, y, por último, avistamos dos infe-

lices marineros que, mal embarcados en un gran palo, eran llevados por las olas y habrían peracido si los ingleses no corrieran al instante á darles auxilio. Traídos á bordo del *Trinidad* volvieron á la vida que, recobrada después de sentirse en brazos de la muerte, equivale á nacer de nuevo.

El día pasó entre agonías y esperanzas: ya nos parecía indispensable el trasbordo un buque inglés para salvarnos, ya creímos posible conservar el nuestro. De todos modos, la idea de ser llevados á Gibraltar como prisioneros era terrible, si no para mí para los hombres pundonorosos y obstinados como mi amo, cuyos padecimientos morales debieron de ser inauditos en aquel día. Pero estas dolorosas alternativas cesaron por la tarde y á la hora en que fué unánime la idea de que si no trasbordábamos pereceríamos todos en el buque, que ya tenía quince pies de agua en la bodega. Uriarte y Cisneros recibieron aquella noticia con calma y serenidad, demostrando que no hallaban gran diferencia entre morir en la casa propia ó ser prisioneros en la extraña. Acto continuo comenzó el trasbordo á la escasa luz del crepúsculo, lo cual no era cosa fácil habiendo precisión de embarcar cerca de trescientos heridos. La tripulación sana constaba de unos quinientos hombres cifra á que quedaron reducidos los mil ciento quince individuos de que se componía antes del combate.

Comenzó precipitadamente el trasbordo con las lanchas del *Trinidad*, las del *Prince* y las de otros tres buques de la escuadra inglesa. Dióse la preferencia á los heridos; mas aunque se trató de evitarles toda molestia, fué imposible levantarlos de donde estaban sin mortificarlos mucho, y algunos pedían con fuertes gritos que los dejasen tranquilos, prefiriendo la muerte á aquel viaje que recrudecía sus dolores. La premura no daba lugar á la compasión y eran conducidos á las lanchas tan sin piedad como arrojados al mar fueron los fríos cadáveres de sus compañeros.

El comandante Uriarte y el jefe de escuadra Cisneros, se embarcaron en los botes de la oficialidad inglesa, y habiendo instado á mi amo para que entrase también en ellos, éste se negó resueltamente, diciendo que deseaba ser el último en

abandonar el *Trinidad*. Esto no dejó de contrariarme, porque desvanecidos en mí los efluvios de patriotismo que al principio me dieron cierto arrojo, no pensaba ya más que en salvar mi vida, y no era lo más á propósito para este noble fin el permanecer á bordo de un buque que se hundía por momentos.

Mis temores no fueron vanos, pues aún no estaba fuera la mitad de la tripulación, cuando un sordo rumor de alarma y pavor resonó en nuestro navío.

—¡Que nos vamos á pique! ¡á las lanchas, á las lanchas!—exclamaron algunos, mientras dominados todos por el instinto de conservación, corrían hacia la borda, buscando con ávidos ojos las lanchas que volvían. Se abandonó todo trabajo, no se pensó más en los heridos, y muchos de éstos, sacados ya sobre cubierta, se arrastraban por ella con cierto delirante extravío, buscando un portalón por donde arrojar al mar. Por las escotillas salía un clamor lastimero, que aún parece resonar en mi cerebro, helando la sangre en mis venas y erizando mis cabellos. Eran los heridos que quedaban en la primera batería, los cuales, sintiéndose anegados por el agua que ya invadía aquel sitio, clamaban pidiendo socorro no sé si á Dios ó á los hombres.

A éstos se lo pedían en vano, porque no pensaban sino en la propia salvación. Se arrojaron precipitadamente á las lanchas, y esta confusión en la lobreguez de la noche, entorpecía el trasbordo. Un solo hombre impasible ante tan gran peligro, permanecía en el alcázar sin atender á lo que pasaba á su alrededor, y se paseaba preocupado y meditabundo, como si aquellas tablas donde ponía su pie no estuvieran solicitadas por el inmenso abismo. Era mi amo.

Corrí hacia él despavorido y le dije:

—¡Señor, que nos ahogamos!

Don Alonso no me hizo caso, y aun creo, si la memoria no me es infiel, que sin abandonar su actitud, pronunció palabras tan ajenas á la situación como éstas:

—¡Oh! cómo se va á reír Paca cuando yo vuelva á casa después de esta gran derrota.

—¡Señor, que el barco se va á pique!—exclamé de nue-

vo, no ya pintando el peligro, sino suplicando con gestos y voces.

Mi amo miró al mar, á las lanchas, á los hombres, que desesperados y ciegos se lanzaban á ellas; y yo busqué con ansiosos ojos á Marcial, y le llamé con toda la fuerza de mis pulmones. Entonces paréceme que perdí la sensación de lo que ocurría, me atardí, se nublaron mis ojos y no sé lo que pasó. Para contar cómo me salvé, no puedo fundarme sino en recuerdos muy vagos, semejantes á las imágenes de un sueño, pues sin duda el terror me quitó el conocimiento. Me parece que un marinero se acercó á D. Alonso cuando yo le hablaba, y le asió con sus vigorosos brazos. Yo mismo me sentí trasportado, y cuando mi nublado espíritu se aclaró un poco, me ví en una lancha, recostado sobre las rodillas de mi amo, el cual tenía mi cabeza entre sus manos con paternal cariño. Marcial empuñaba la caña del timón: la lancha estaba llena de gente.

Alcé la vista y ví como á cuatro ó cinco varas de distancia á mi derecha, el negro costado del navío próximo á hundirse; por los portalones á que aún no había llegado el agua, salía una débil claridad, la de la lámpara encendida al anochecer, y que aún velaba, guardiáa incansable sobre los restos del buque abandonado. También hirieron mis oídos algunos lamentos que salían por las troneras: eran los pobres heridos que no había sido posible salvar y que estaban suspendidos sobre el abismo, mientras aquella triste luz les permitía mirarse comunicándose con los ojos la angustia de los corazones.

Mi imaginación se trasladó de nuevo al interior del buque: una pulgada de agua faltaba nomás para romper el endoble equilibrio que aún le sostenía. ¡Cómo presenciarían aquellos infelices el crecimiento de la inundación! ¡Qué dirían en aquel momento terrible! Y si vieron á los que huían en las lanchas, si sintieron el chasquido de los remos, ¡con cuánta amargura gemirían sus almas atribuladas! Pero también es cierto que aquel atroz martirio las purificó de toda culpa, y que la misericordia de Dios llenó todo el ámbito del navío en el momento e sumergirse para siempre.

La lancha se alejó: yo seguí viendo aquella gran masa informe, aunque sospecho que era mi fantasía, no mis ojos, la que miraba el "Trinidad" en la obscuridad de la noche, y hasta creí distinguir en el negro cielo un gran brazo que descendía hasta la superficie de las aguas. Fué sin duda la imagen de mis pensamientos reproducida por los sentidos.